

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA



VICTORIAS FEMENINAS

POR

MARY MILES MINTER

N.º 42

30 cts.

*La Novela Femenina
Cinematográfica*

Publicación semanal de asuntos de películas.

*Redacción y Administración:
Diputación, 292. - Barcelona*

Año I

Núm. 42

Victorias Femeninas

*Comedia americana,
interpretada por la gentil artista*

Mary Miles Minter



Exclusiva de

JULIO CESAR S. A.

Aragón, 316

BARCELONA

Victorias Femeninas

Argumento de la película

Ana Lington, redactora de la revista "El Gran Mundo", había popularizado su seudónimo de "Iris" con sus brillantes crónicas literarias.

Mario Hargrave, joven novelista que se abría rápidamente paso en el camino del éxito y de la fama, protegido por la diosa Fortuna, acababa de lanzar al mercado su última novela, en la que trataba del amor femenino.

Ana, a quien agradó el título de la obra, se interesó en su lectura, y a medida que iba enterándose de las teorías del literato, reconocía que era poseedor de un alma encantadoramente sensible... pero excesivamente ingenua, llegando a la conclusión de que no había estudiado lo bastante a la mujer para atreverse a hacer ciertas afirmaciones.

El retrato del novelista ocupaba el sitio de

honor en la portada del libro, y Ana, además de abismarse en la lectura del texto, no se quedaba corta en contemplar la efígie del que lo escribiera, encontrándole agradable. Es más, por su mente cruzó la idea de conocerle en persona... y por lo pronto recordaría el grabado para conservarlo como si fuera la fotografía de su novio.

Quiso la casualidad que el redactor jefe de la revista en que Ana prestaba sus excelentes servicios, le propusiera la misión de entrevistar a Mario; para conseguir lo cual, es decir, el asentimiento del joven, le aconsejó que escribiera una crítica un tanto irónica sobre su última novela.

Ana aceptó el encargo de visitar al literato; pero no se mostró partidaria de perjudicarle desde las columnas de la Revista. Sin embargo, no le parecía desacertada la idea del redactor jefe y, tal vez, seguiría sus consejos. Todo dependería de si Mario se prestaba o no a ser interrogado.

El escritor de referencia era lo que hemos dado en llamar un muchacho simpático y con más talento que conocimiento de la vida; de los que creen que los libros proporcionan sobrados datos acerca del mundo, para saber tra-

tarle, y rehuyen las lecciones que dan las agri-dulces realidades de la práctica.

Indiscutiblemente, Mario gozaba, entre sus lectoras más frívolas que concienzudas, de cierta aureola de Don Juan, que estaba muy lejos de existir.

Nora, solterona de cuarenta para arriba, gordinflona y entrometida, oficiaba, en el písito amueblado de Mario, de cocinera, camarera y ama de llaves.

Desordenado y algo bohemio, Mario dificultaba las funciones de Nora, que había de rogarle cien veces que se quitase de delante las comidas; haciéndolo, al fin, el escritor, sin probarlas siquiera, prefiriendo el alimento espiritual al corporal. Don Quijote y Sancho influían sin duda en la idiosincrasia de ambos.

Un hijo novelista aclamado por la celebridad, es un tesoro para una madre por sorda que ésta sea. Si los aplausos no llegan hasta sus oídos, no por eso no entran rectos en el corazón. Nadie, pues, tan feliz como la señora Hargrave, la autora de los días del "héroe", a la que su entusiasmo por su vástagos llevaba al terreno de considerarle como el más grande novelista de su época.

De vez en cuando, la "mamá", temiendo por

la salud de su "niño", le visitaba en el "meublé". Cierto día, molesta ante el desorden que reinaba en las habitaciones, regañó a Nora.

—No concibo cómo puede usted comprobar que el polvo se está apoderando de todos los muebles, sin que se le suban los colores a la cara.

La enciclopédica sirvienta no era amiga de observaciones injustificadas, y no se quedó sin contestar.

—El señor me recomienda siempre que no limpie, porque le molesta el ruido.

La señora Hargrave no se cayó de espaldas porque se apoyó a tiempo, y exclamó:

—¡Qué estupidez! ¡De modo que usted asistiría impasible al entierro de estos muebles en el polvo, a fin de no hacer ruido limpiándolos? ¡Es usted el prototipo de la obediencia... y de la frescura!

—¡A mí con bravatas! ¡Pues ahí queda eso, señora trompetilla!

—¡Insolente!

—¡Sorda!

Mario intervino, pero Nora no se detuvo a darle explicaciones.

La señora Hargrave celebró la decisión de la criada de marcharse del servicio del nove-

lista, y dijo a éste, reponiéndose del disgusto que le causó la discusión:

—No sabes lo poco que pierdes con la renuncia de esa mal educada. Mañana te enviaré otra criada que sepa bien su obligación.



Mario intervino, pero Nora no se detuvo a darle explicaciones.

—Como tú quieras, mamá.

Sentóse la señora Hargrave en un sofá, e invitó a su hijo a que la imitara, pues tenía que hablarle de algo serio.

Mario obedeció de mala gana, adivinando lo que iba a decirle su madre, resignado a todo a condición de que lo dejassen en paz.

—Mario, hijo mío, quisiera verte pronto bajo los cuidados de una esposa diligente y buena. ¿Por qué no te casas con Evangelina?

—Ya me figuraba que ibas a repetirme la misma canción; pero tú crees que un novelista que se precie de conocer a la mujer, puede casarse?

—¿Eso qué importa, hijo mío? Tú necesitas una mujer a tu lado, que te comprenda, que te ayude a vivir. Sí, hijo mío, sí; cásate y verás.

—Eso es lo que yo digo, mamá: cásate y verás... como te arrepentirás.

—Tu padre se casó conmigo... y no creo que tú puedas quejarte de ello.

—Resumidas cuentas, he de casarme, ¿no es eso? Pues...

Acababan de llamar a la puerta. Mario interrumpióse a sí mismo, extrañado de que a aquella hora alguien viniera a molestarle. La señora Hargrave supuso que quien llegaba era la mismísima Evangelina, y fué a abrir.

En efecto; Evangelina aparecía al poco ante Mario, clavando sus ojos, cual dardos, en los

del novelista, que se apresuró a cerrarlos para no desmayarse.

Evangelina era un modelo de poste telgráfico con faldas, sin armonía en el cuerpo ni en el rostro; una estrañalaria con más apariencia varonil que femenina.

Evangelina pretendía la mano de Mario y le sonreía a la fortuna de los Hargrave. Podía ser fea, en su género, pero no tonta. Aquella tarde había tenido buen pretexto en una fiesta a beneficio de los chinitos huérfanos, para ir a ver a Mario, en cuya casa debía recoger a la madre de éste.

Las dos mujeres estaban perfectamente de acuerdo en adornar las muñecas del escritor con las cadenas del matrimonio, y Evangelina no le ocultaba a Mario sus ansias de que se las dejase poner pronto.

—¡Qué alegría! Estoy contentísima de haber podido penetrar en la *torre de marfil* del creador de las más bellas novelas que he leído en mi vida—dijo con voz cantarina.

La señora Hargrave pensaba: “Se casan, se casan”, y Mario no se atrevía a decir que no le encontraba gusto a casarse.

Evangelina, convencida de que a fuerza de

golpear se quiebran las más duras piedras, prosiguió, haciendo gestos de colegiala:

—Sólo me ruboriza pensar que usted puede leer como en un libro abierto en el corazón de la mujer.

—Eso es fruto de mi larga experiencia, Evangelina amable—respondió Mario, por decir algo—. Y como la presencia de la candidata a su mano le molestaba sobremanera, adelantó la hora que marcaba un reloj de mesa, para que, con su madre, se marchase sin demora a la fiesta dedicada a los chinitos.

El trueno dió buen resultado, y cuando Mario quedó solo, levantó una nube de polvo de los muebles al soplo del suspiro que dió.

* * *

Dicen que el dinero abre todas las puertas. En principio, estamos de acuerdo. El brillo del oro es luz que atrae. Muy cierto. Pero convengamos en que lo que se compra a la fuerza, suele dar siempre pésimos resultados. Así, el que fía en su dinero para conquistar el amor de una mujer, ha de tener en cuenta que jamás será suyo lo mejor que la mujer posee: su alma, esa oculta sensación que conduce al verdadero camino de la dicha.

Son legión los solterones que, por avaricia, egoísmo o necesidad, ven deslizarse su juventud sin acogerse a la inefable ventura de un amor joven, entusiástico, febril.

Uno de los que no tuvieron en cuenta la máxima de "No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy", se enriqueció en brillantes negocios de herencia, y esperó a cumplir los treinta y pico para buscar la víctima que había de cuidar de sus calzoncillos rotos y de sus mantecosos calcetines.

Se llamaba Jorge Loy, y a su defecto de ser rico se añadía el de ser celoso. Se había enamorado de Ana.

Muy americana, Ana ni decía sí ni decía no a su pretendiente. Dejaba transcurrir el tiempo, por si pescaba otra cosa más interesante, aunque tuviera menos pesetas. Era una muchacha lista.



Jorge visitaba a Ana a menudo en la redacción de "El Gran Mundo"...

Jorge visitaba a Ana a menudo en la redacción de "El Gran Mundo", y aquel día, al enterarse de que ella debía ir a interviuvar al novelista de moda, se indignó, autorizándose a

indicarle que no podía tolerar que fuese a visitar a hombres solteros; estando en tratos de matrimonio con él.

Ana no hacía caso de las estúpidas palabras de Jorge, aumentando con su ironía los celos del viejo galán.

Para colmo de exasperación de Jorge, Ana había fijado en la pared el retrato de Mario, y como aquél pretendiera arrancarlo de allí para destruirlo, le calmó en el acto amenazándole con romper toda relación amistosa.

Después de un momento de tranquilidad resurgió el temporal. Motivó la repetición de la explosión de los celos de Jorge, el saludo que un periodista dirigió a Ana desde la puerta del despacho de ésta.

—¡Por qué se permite ese individuo tratarla tan familiarmente! —preguntó Jorge a Ana.

La joven se echó a reír.

—Resulta intolerable que mi futura esposa no se haga respetar como yo quisiera, como yo exijo...

—Nada de exigencias, Jorge. Cada día voy creyendo menos en la posibilidad de casarme con usted.

—¡Qué dice usted, Ana? ¡Acabaré por dar-

me calabazas después de seis meses de pedirle fecha para nuestra boda?

—Mire usted, Jorge; vuelva otro rato... Hoy estoy abrumada de trabajo... pero le ruego que no se presente ante mí sin haberse curado esos ridículos celos.

—¡Me echa usted? ¡Está muy bien! ¡Adiós!

Al momento olvidó Ana el incidente, y se ocupó de preparar la entrevista con Mario Hargrave. Querido maestro, soy Iris, de "El Gran Mundo", y quisiera...

Mario la interrumpió secamente:

—Mi lema es no hablar con los periodistas.

—Pero...

—Ya he dicho que no recibo.

—Le creía a usted más galante, horaño maestro. Sin embargo... hasta bien pronto.

—¡Cómo?

Ana no añadió una sola palabra a su promesa de visitar al novelista, y se disponía a hacerlo a la mayor brevedad posible. Su amor propio estaba en juego. Debía vencer.

Ante nada se detuvo Ana para el logro de su propósito, y a la mañana siguiente había

alquilado el departamento contiguo al del novelista.

Aprovechando la ausencia de Mario, se introdujo por el balcón en su retiro, armada de un carnet de apuntes y un lápiz.

Ana lo husmeó todo, y descubrió unos libros de filosofía, que eran las fuentes donde se inspiraba el joven escritor.

—¡Pobre Mario! Sólo conoce a la mujer por estos viejos libros. Lo que yo me figuré —dijo para sí.

Del despacho pasó la repórter al cuarto de dormir, y encima de la cama halló un camisón cuya talla y corte acusaban manos torpes, las de Evangelina, que se lo regalara con permiso de la señora Hargrave.

—¡Estará guapo con esta tela! —Me resultará monje el genio?

Inopinadamente, llamaron a la puerta del piso. Ana no se movió, para no hacer ruido, y la mujer que llamaba, en vista de que no abrían, echó por debajo de la puerta un pañuelito, marchándose.

Ana recogió el citado papel, y leyó:

AGENCIA DE COLOCACIONES.

Señor Hargrave:

Tenemos el honor de enviarle a la doncella

Mary Morfy de la que poseemos informes inmejorables.

—¡Eureka! —gritó Ana, volviendo rápidamente a su cuarto.

Jorge había descubierto su paradero y llegaba precisamente en aquel momento al “meublé”. Un minuto antes y hubiese visto salir a Ana de las habitaciones del novelista.

—¿Qué hace usted en esta casa? —¿Qué significa este cambio de domicilio? —inquirió con ojos escudriñadores.

Ana apeló a la fantasía.

—Ah, si usted supiera! —De ayer a hoy estoy totalmente cambiada! Debido a mis ataques de nervios, el médico me ha ordenado el cambio de habitación. Y aquí estoy.

—Usted no me había hablado nunca de esos ataques.

—Claro! No me gusta alarmar al prójimo.

—Es que yo he de ser su marido. Yo soy, para usted, más que un prójimo.

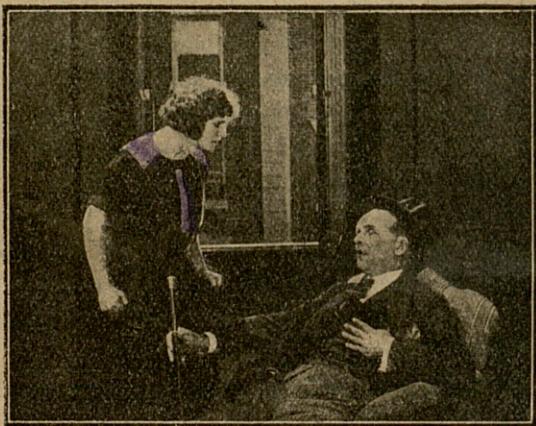
—¡Ay, cállese! —Ay! —Ay!

—¿Qué le pasa, Ana? —Entonces es verdad que...?

—¡Ay! —A mí me da algo! Es el ataque. La cabeza se me va.

Instintivamente, Jorge sujetó entre sus manos la cabeza de Ana, y al volver ésta en sí, decidió recurrir a los consejos de un médico alienista.

El fingido ataque de Ana tenía su expli-



...y al volver Ana en sí, Jorge decidió recurrir a los consejos de un médico alienista.

ción: había olvidado en la habitación de Mario su carnet de apuntes. Era preciso ir a recogerlo. Lo hizo cuando Jorge se hubo marchado.

Pero tuvo la mala fortuna de que Mario llegase a su casa mientras ella se encontraba allí, a punto de salir.

Ocultóse en el cuarto de dormir, esperando la ocasión de escabullirse sin ser vista.

No lo logró de momento. Seguiría esperando.

La señora Hargrave telefoneó entretanto a Mario, para anunciarle la visita de Evangelina, repitiéndole que el mayor placer que proporcionaría a sus viejos años sería el acceder a casarse con aquélla.

Reconocido a los muchos beneficios recibidos de su madre, Mario, inconsciente de a lo que se comprometía, respondió:

—Procuraré complacerte, mamá. Hablaré con Evangelina.

Esta no tardó en presentarse, complicándose la fuga de Ana.

—Buenos días, Mario. Le traigo un regalito. Es muy modesto, pero muy útil. Su mamá me lo ha recomendado para usted. Es un remedio contra el reuma y el enfriamiento de los pies.

Mario aceptó el "poético" obsequio y para terminar pronto con Evangelina, le habló de matrimonio.

—De modo que mamá se empeña en que

nos casemos? Entonces... prepararemos nuestra boda, ¿no le parece?

—¡Ay sí! ¡Qué ilusión, Mario! Esperaba este momento. Su mamá es tan buena... y us-



Ocultóse en el cuarto de dormir, esperando la ocasión de escabullirse sin ser vista.

ted tan bueno... ¿no me abrazas, Mario?
El suplicio empezaba para el novelista.
Ana echó de ver que el joven era juguete

del amor filial, y antes de que los labios que no sabían de las delicias del beso de amor se posaran en la mejilla de Evangelina, cerró violentamente la puerta entreabierta del cuarto de dormir, asustando a los novios por imposición.

—¿Qué ruido es ese? ¿Hay alguna mujer en tu cuarto? —preguntó Evangelina frunciendo el entrecejo.

—Una mujer? —repitió Mario.

Cuando abrieron la puerta, Ana, transformada en doncella de servicio, se presentó ante ellos, sonriente y respetuosa.

—Soy Mary, la nueva criada.

Evangelina se fijó en la belleza de Ana, y miró con recelo a Mario, que no acertaba a comprender cómo se había atrevido la joven a entrar en funciones sin esperar las órdenes de nadie.

Ana, sin inmutarse, preguntó a los novios:

—Preparo la cama para el señor y la señora... o para el señor solo?

Evangelina protestó de su casamiento antes de hora.

—Yo soy soltera!

—La señorita Evangelina sólo es mi pro-

metida—dijo Mario, haciendo un esfuerzo para presentarla.

—¡Oh, perdón! Como soy nueva en la casa...

Evangelina y Mario volvieron al despacho del escritor, y tras de recomendarle a su prometido mucha seriedad, marchóse aquélla, sin haber podido ser besada, pues Ana malogró por segunda vez, ésta con su brusca aparición el intento de beso.

Al quedar solo, Mario se censuraba a sí mismo su debilidad aceptando sacrificarse casándose con Evangelina, y Ana, que estaba irresistible vestida de doncella, fué a decirle:

—Perdone el señor que interrumpa sus meditaciones... pero me parece que la señorita Evangelina no es el ideal de usted. ¡Qué pena que yo no sea más que una criada!

Mario se volvió a mirarla, y Ana, después de haberse dejado contemplar un momento, se alejó hacia la obligación.



Desde que la nueva doncella se encargó de la administración interior de la casa de Mario, ésta había experimentado un cambio extraordinario.

El orden imperaba. Mario comía a horas reglamentarias, y se echaba de ver en él que estaba satisfecho.

No era ducha Ana en materia de cocina, pero con la ayuda de un buen manual salía del paso.

Alguna que otra vez metía la pata, como vulgarmente se dice, pero Mario disculpábala, gracias a la simpatía que le entrara por ella desde el primer día. Así, no rechazó unos pasteles duros confeccionados por sus manos inexpertas en tal especialidad de mujer casera. Y eso que Mario acababa de leer la crítica que Ana—Iris—había publicado en la revista, y que decía así:

Hemos leído la obra de Mario Hargrave. Aunque el estilo del autor es correcto y brillante, debemos confesar que al joven psicólogo le falta mucho que aprender en materia tan delicada como es el alma de la mujer. Creemos, sin embargo, que Mario Hargrave será

pronto un maestro en el género, siempre que no pretenda escribir en el aislamiento de hoy.

Ana disimuló la risa que se acusaba en sus labios, y más cuando Mario, al punto de salir de su casa, le dejó el siguiente encargo:



Así, no rechazó unos pasteles duros confecionados por sus manos inexpertas.

—Si acaso se presenta una periodista llamada Iris, que no estoy en casa, aunque esté. Salgo y regreso en seguida.

—No tarde usted mucho, señor. No me gus-

ta quedarme sola. Además, su compañía es tan grata para mí...

Indudablemente, Mario estaba encantadísimo de su nueva doncella, pero era tan escéptico, que sus manos no obedecían a lo que deseaban sus ojos.

Y así pasó otro día... y Ana, que comprendía que se iba afirmando en el sendero que la llevaría al éxito que se propusiera, mandó con viento fresco al Polo a Jorge—que la había obligado a prestarse al reconocimiento de un médico que se parecía a Landrú—para que se dedicase a hipnotizar a las focas con el brillo de sus monedas de infeliz mortal que desconoce el valor de una risa de mujer.

Evangelina y la señora Hargrave hacían los preparativos de la boda, que no tardaría en celebrarse, a pesar de que Mario se mostraba cada minuto menos partidario de tal barbaridad.

Una tarde, Mario dijo a Ana:

—Mi prometida va a llegar. Ya debe usted saber que nos casamos la semana próxima.

—¡Ah! No lo sabía, señor...

—Pues sí... nos... casamos. Haga el favor de preparar el te.

—Bien, señor... Pero habrá que comprar bizechos. Voy a ir a la pastelería...

—Espere... Quisiera saber su opinión sobre algunas líneas de este capítulo amoroso que acabo de escribir. Léalo usted.



...que la había obligado a prestarse al reconocimiento de un médico que se parecía a Landrú...

¿Había sonado, al fin, la hora del amor en el reloj de la vida de Mario y Ana?

Veámoslo.

Ana, con ese legítimo e íntimo orgullo que nos ofrece el triunfo, se enteró del capítulo en cuestión.

Decía así:

A la luz de la pálida luna, la dulzura de sus labios me hizo estremecer...

Y sucedía a esa frase una serie de notas poéticas que no vibraban al compás de la realidad.

—¿Qué le parece, está bien?

—No está mal... pero no merece mi aprobación.

—¿Hay algo que le desagrada?

—¿Experimenta usted algún estremecimiento cuando abraza a Evangelina?

—¿Qué quiere usted decir?

—Que cuando se escribe hay que sentir lo que se plasma; no copiar; no imaginar. Abrácame a mí y podrá hacer comparaciones útiles para sus novelas.

Mario, estupefacto, quedóse mirando como un bobo a Ana, que no apartaba su vista de él.

—¿Qué importa abrazar a una criada una sola vez? —prosiguió la atrevida muchacha.

El novelista rechazó los escrúpulos que le impedían declararse vencido por la mujer, y, lleno de amor, estrechó a Ana entre sus brazos con la fuerza del primer abrazo. Y expe-

rimentó la sensación más dulce de su vida.

Sin embargo, después del abrazo y del beso que le acompañó, Mario volvió a su puesto de novio de la señorita Evangelina.



...y, lleno de amor, estrechó a Ana entre sus brazos...

—*¿Cree usted que encontrará la felicidad casándose con la que su mamá le ha elegido para novia?* —le preguntó entonces Ana.

—*Quién sabe! No hay más remedio; he dado mi palabra y debo cumplirla.*

—*Pues permítame que le diga que un enamorado debe presentarse ante su futura lo más acicalado posible. Yo le ayudaré.*

Mario dejó hacer a Ana, y cuando llegó Evangelina, ocurrió lo que aquella había ideado.

—*¡Qué perfumado estás!* —dijo la rival a Mario—. *¡Qué coquetón te has vuelto!* ¡Eh!! *¿De quién es ese pañuelo que huele a coqueta y que estaba en el suelo?* *Ha venido a verte una mujer?*

—*Aquí no ha venido nadie, Evangelina.*

Pero la novia era un tigre en cuestión de celos, y se dirigió a la habitación íntima de Mario, encontrando encima de la cama algunas horquillas y una camisa de mujer.

—*Oh! ¡Qué impudor! Y se atrevía usted a negar que aquí ha entrado una mujer?*

Mario no daba pie con bola. *¿Qué significaba aquéllo?*

Trató de dar una explicación a Evangelina, pero le salió mal.

Indignada, la novia marchóse, prometiendo a Mario que no volvería a verle si no le pedía perdón dándole toda clase de explicaciones.

Ana descontaba el feliz término de su aventura, y vino en su ayuda su antipático pretendiente Jorge, que volvía a su pisito para someterla a un nuevo examen del doctor alien-



—¡Qué perfumado estás! ¡Qué coquetón te has vuelto!

nista.

—¿Qué hace usted aquí, Ana? —preguntó Jorge a su pretendida, a pesar de las cala-

zas, en casa de Mario, donde la vió al pasar frente a la misma al dirigirse a la de ella—. ¿Por qué se ha vestido de doncella?

Mario miró con extrañeza a Ana, a Jorge y al médico alienista, que tenía más aspecto de



—¿Y se atrevía usted a negar que aquí ha entrado una mujer?

loco que sus clientes, y dijo:

—Esta señorita es mi sirvienta.

—¿Sirvienta? ¡Qué gracia! Esta joven es Iris, la redactora de "El Gran Mundo".

—¿Eh?

—La misma, pollo, la misma. Hasta ahora había querido casarme con ella, pero me va resultando un tanto extravagante, y me retiro. ¡Cualquier día me disfrazaba a mí de guardia para ayudarla a dar con un ladrón!

Ana no temía la venganza de Mario. Confiaba en el sentimiento que ella había despertado en el novelista, y aunque, en un arranque de despecho, marchóse éste para que durante su ausencia hiciera ella lo propio, no se movió, y corriendo a su piso, se puso la mejor "toilette" que trajo consigo, y aguardó el regreso del vencido.

Y más tarde, cuando Mario encontró dormida a Ana tendida en el sofá, soberanamente hermosa en su fina indumentaria, creyó soñar.

Ana despertó dulcemente, sus ojos atrajeron los del novelista y, muy cerca de sus labios, musitó:

—Mario, me he quedado para decirle solamente que mis apuntes no se publicarán.

—¡Y para nada más, Ana? Esta noche he sabido lo que es sufrir... y he aprendido a amar.

—¡A Evangelina?

—¡No a ti! ¡Estoy loco por ti! ¡No puedo

vivir sin sentirte a mi lado! Y tú... ¿me amas?

—Mucho tardaste en comprenderlo, señor psicólogo. ¡Te adoro! No me negarás que este es el mejor capítulo de tus novelas.



Y más tarde, cuando Mario encontró dormida a Ana tendida en el sofá, creyó soñar.

—¡Oh, sí, Ana! Esta es mi mejor obra.

FIN

Prohibida la reproducción.

Revisado por la censura gubernativa

*Con esta novela exija usted la postal-obsequio de
FRANK MAYO*

PRÓXIMO NÚMERO:

*La finísima novela,
de excelente asunto*

Papá Ricardo

Interpretación a cargo del famoso.

*Thomas Meighan
y la bellísima LEATRICE JOY*

PRODUCCIÓN PARAMOUNT

Programa Ajuria

10 fotografías

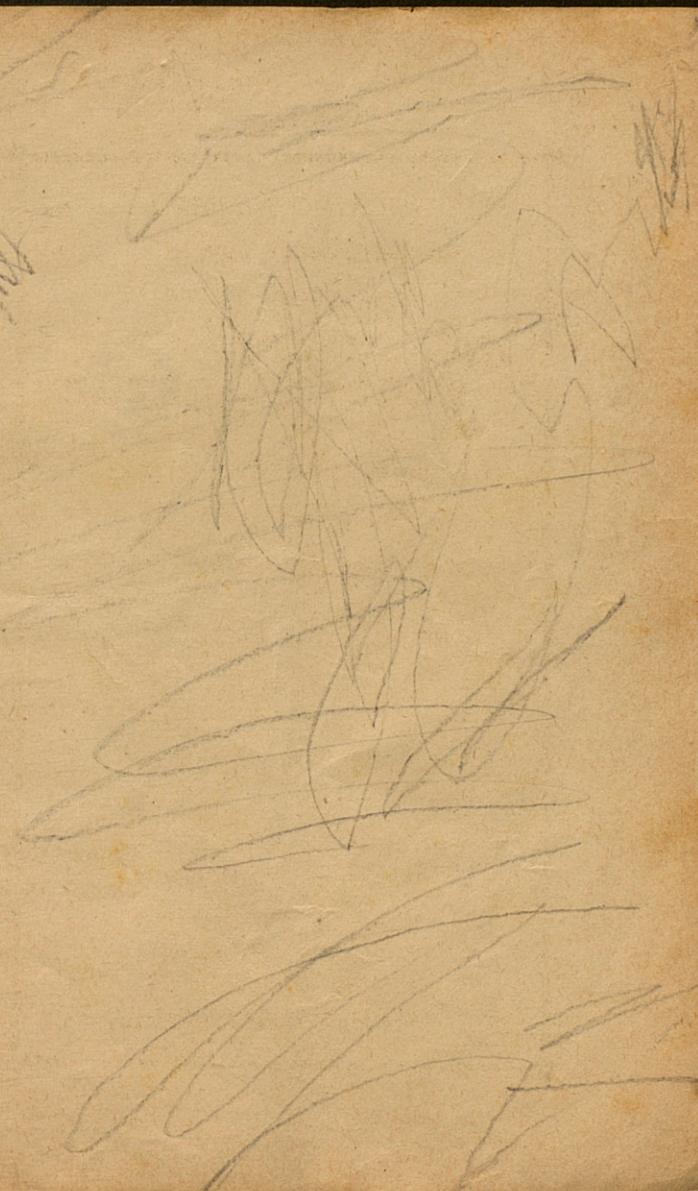
30 cts.

Postal-obsequio:

Norma Talmadge

*LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRÁFICA*

Sale todos los viernes. Precio: 30 cts.



1

